

ÍNDICE

EL BARRANCO DE LAS ÁNIMAS.....	11
JORNADA DE SANGRE.....	16
EL COLEGIO IMPERIAL	25
BAÍNES	30
TOMÁS	34
ENCUENTRO CON LUCÍA	36
MIEDO	45
CON EL PADRE BERNABÉ	49
EL ENCARGO.....	53
DAMIÁN Y CANDELA	59
EL ABISMO INVOCA AL ABISMO.....	62
LA VENTANA DE LA IZQUIERDA.....	76
VOCES EN BAÍNES	85
SIN RASTRO DE AQUELLO	92
CONFIDENCIAS.....	96
EL ADIÓS DE CANDELA.....	100
PERSEGUIDO	103
INVESTIGANDO AL PADRE AMADA	109
EXORCISMO EN SAN PLÁCIDO	114
LOS ARCHIVOS DEL SANTO OFICIO	121
UN BORRÓN INCONVENIENTE.....	128
FRUTO PROHIBIDO	132
BUSCANDO A SOR MARGARITA.....	138
ADVERTENCIA INQUIETANTE.....	145
FERNANDO Y LUCÍA.....	149
JUDAS TADEO EL DE LAS CAUSAS IMPOSIBLES.....	151
TEATRINOS Y DIORAMAS.....	156

UNA EXPLICACIÓN CONVINCENTE	163
VOLVER A BAÍNES.....	166
UN CIEGO GUIANDO A OTRO	171
DE LA PUERTA DEL INFIERNO SACA, SEÑOR, SUS ALMAS...	178
PEREGRINO RARO.....	184
VALLADOLID	189
MÁS MUERTES.....	194
VISITA INESPERADA	202
LECCIÓN DE ANATOMÍA.....	204
JUAN DE PAREJA HABLA DE VELÁZQUEZ.....	210
EL JUEGO DE PELOTA.....	213
CENA EN EL COLEGIO.....	217
ANTONIO ÁMADA	220
TOPARSE CON DIOS O CON EL DIABLO	229
RECONSTRUYENDO LOS HECHOS.....	232
OTRA VEZ LUCÍA.....	238
ZUGARRAMURDI	241
PREPARATIVOS	247
MOSTRAR PARA OCULTAR	249
DE NUEVO JUAN DE PAREJA	252
OSCURA Y PROFUNDA ESCALERA	255
INCREÍBLE HALLAZGO.....	257
PEYOTE	264

El barranco de las Ánimas

Garachico se veía como una estrecha y luminosa línea blanca en el perfil de la costa. Las casas encaladas junto al mar refulgían por los hirientes rayos de sol aquella mañana de septiembre de 1654. Pero al igual que en otras tantas ocasiones, el Teide permanecía invisible y callado como un dios dormido. Envuelto entre brumas, escondía su rostro y su palabra devastadora, hecha de humo y fuego.

Según se acercaba el Aurora a la rada, al abrigo de los vientos, la cima del volcán se dejó ver, confundiéndose algunos blancos y persistentes neveros con las nubes; matrimonio de aguas que el callado dios emparejaba.

El galeón avanzaba despaciosamente hacia el puerto más importante de Tenerife. Con lentitud, rompía las olas produciendo un suave cabeceo algo adormecedor, que el padre Alonso de Grimón quiso ver como el prelude de un merecido descanso, después de siete años en misiones. Mucho antes de que la mañana clareara y se levantara la niebla que acompañó las últimas horas de la travesía, Alonso se había situado en la proa del navío, esperando avistar tierra. Regresaba de la luminosa Veracruz, su último destino en Nueva España.

A una cierta distancia del fondeadero, la embarcación envió el saludo de rigor a la plaza, disparando varias salvas, aviso también

para piratas, pues con el cañoneo sabían que los galeones llegaban enteros y dispuestos a proteger a la flota de mercantes. Vibró la arboladura pareciendo que el maderamen iba a resquebrajarse por la potencia de los cañones. Más de treinta piezas fortificaban el Aurora, una notable e imprescindible artillería para desalentar a tantos ingleses y franceses que acechaban en el Caribe, y llegaban hasta Canarias y la misma Cádiz, queriendo aprovecharse de la carga de los buques en el tornaviaje.

En algunas ocasiones, sobre la bahía de Veracruz durante fiestas muy señaladas, el padre Alonso había escuchado el fragor de las baterías provenientes del castillo de San Juan de Ulúa, pero no había sentido la misma jubilosa emoción que esta vez.

Reflexionó acerca de lo que dejaba atrás y de la incertidumbre de los planes humanos. Meses antes en tierras mexicanas, el propósito de la Compañía de Jesús le había ordenado que pusiera en manos de otros la dirección del hospital recién fundado y regresara a España para descansar.

Cuando el Teide, por fin, logró despejarse desembarazándose de las nubes que lo circundaban, le evocó el Citlaltépetl, el altivo volcán próximo a Veracruz, llamado Cerro Estrella porque su cumbre nevada reflejaba la luz de la luna, produciendo en la lejanía el efecto de una luminaria del cielo. Desde allí el dios Quetzalcoatl realizó su ascensión con la promesa de que regresaría pronto. Pero... ¿por qué siempre habían de irse los dioses? ¿Por qué los seres humanos vivían tan dilatada espera ante un regreso que nunca se consumaba?

Volvió a mirar al Teide. Le resultó paradójico, pero de repente tuvo nostalgia de lo que dejaba atrás. Nos pasa a todos los jesuitas, pensó. Nos ocurre porque somos misioneros. Llegamos de vacío y cuando al cabo de los años hemos llenado nuestras vidas con amigos, paisajes, colores, nos mandan regresar a casa.

El Aurora fondeó después de varios sondeos. Una chalupa comenzó a cargar sus baúles para desembarcarlos. Alonso hubiera

querido pedir un cuidado extremo, pero cuando le avisaron para llevarlo a puerto ya vio colocado su equipaje en la barca.

–Vigilé para que lo hicieran con miramiento. No se preocupe –se justificó el capitán que se acercaba para despedirse y se cuadró con un saludo militar–, aunque la descarga en el puerto va a correr de su cuenta.

–Gracias, estaré muy al tanto.

–¿Va a Garachico?

–No, a San Cristóbal, soy lagunero.

–Debí suponerlo, quiero decir que como allí tienen casa Sus Paternidades.

La llegada de los navíos, muy esperada en la isla porque implicaba el desembarco de viajeros, mercancías y noticias, hacía que las compañías de viajes que fletaban diligencias, prepararan su salida hacia los diferentes destinos con la fecha inmediata al arribo al puerto. Así aprovechaban cargando a los recién llegados, los correos y algunos portes. Pero Alonso no volvía con las mismas cuatro cosas con las que partió. Se vio obligado a contratar un carruaje por la gran cantidad de tarros, redomas, retortas, semillas, material quirúrgico, libros y apuntes de los que había hecho acopio durante toda su estancia en misiones.

El cochero, pensando que trasladaba a una persona de importancia, no demoró la salida. Fue avisado de la presencia de una partida de salteadores cerca de Icod, en el lado oeste de la isla, pero no se arredró y tan solo desvió algo su ruta, retrasando en poco el viaje. Orillarían el Teide por San Juan de la Rambla, La Orotava, Tacoronte, hasta llegar a San Cristóbal de la Laguna en el noreste. Alonso viajaba en un coche tirado por tres pares de caballerías que llevaban buen paso. Calculó que a primera hora de la tarde estaría en casa, rodando por caminos difíciles y empinados con un follaje exuberante: pinos, laureles, palmeras, plataneros o el mismo drago, cuyas hojas le recordaban a la de la yuca del valle de Méjico. Casi todo adornando acentuadas pendientes,